

"LA EDUCACIÓN RECLAMA EL SUEÑO"

Yolanda Orellana Navarro

La autora reflexiona sobre el papel de la educación como instrumento de resolución de los grandes problemas humanos y apuesta por una escuela en la que se cultive el *pensamiento divergente*, es decir, donde se propicie que la realidad y los sueños, la racionalidad y la creatividad, encuentren un equilibrio más propicio para la felicidad personal y social.

El otro día charlaba con unos amigos sobre la problemática del nacionalismo vasco y, en la búsqueda de

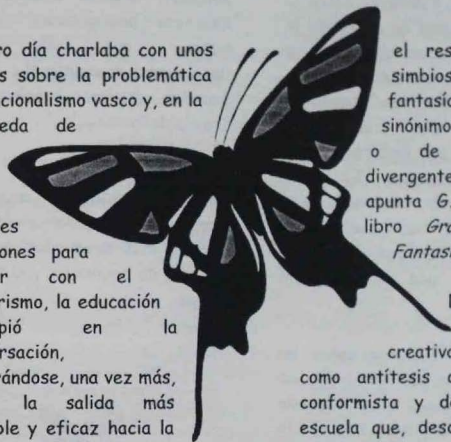
posibles soluciones para acabar con el terrorismo, la educación irrumpió en la conversación, mostrándose, una vez más, como la salida más factible y eficaz hacia la paz. No deja de sorprendernos que la educación tenga en sus manos la solución a todos los grandes problemas del mundo.

Pero no estamos aquí para hablar del nacionalismo vasco sino para reivindicar la creación de una escuela cimentada en la creatividad (entendida ésta como

el resultado de una simbiosis de realidad y fantasía, por tanto, sinónimo de inteligencia o de "pensamiento divergente", como nos apunta G. Rodari en su libro *Gramática de la Fantasía*).

De este modo, el proceso creativo se manifiesta como antítesis de una actitud conformista y dogmática de la escuela que, desde un punto de vista social, alimenta la represión negándose a la multitud de recursos intelectuales que aporta la creatividad.

Se trata, pues, de recurrir a las posibilidades de la imaginación para configurar un modelo de sociedad más progresista en el sentido de caminar hacia un mundo erigido sobre los pilares del bien



común. En este contexto, es necesario distinguir entre una fantasía liberadora que fomenta en el hombre el desarrollo de sus potencialidades y una fantasía que lo esclaviza bajo los designios imperativos del sistema capitalista (como la que desarrolla la publicidad incitando al consumo desenfrenado o la que se vincula a la ambición por el poder).

El mundo se ha construido persiguiendo sueños y sólo la búsqueda de un equilibrio entre la realidad y el sueño ha acercado la felicidad al hombre. Un equilibrio que no se entiende como el resultado ecléctico de elementos dicotómicos, sino como una integración de dos ámbitos que se fecundan mutuamente. Es decir, no lograríamos entender el significado de los sueños en ausencia de la realidad y tampoco concebiríamos una realidad sin sueño.

La educación, pensada como un instrumento que facilita la vida de nuestra especie, no puede prescindir de los sueños ni de la imaginación que nos permite descubrir problemas, ser autónomos y críticos, en definitiva, ser partícipes de nuestras vidas y no simples eslabones del sistema. De este modo, una escuela que reniega de los sueños no sólo obvia una parte importante de la realidad, también cierra las puertas a la inteligencia que no

puede entenderse sino bajo la vitalidad mental que nos proporciona la actividad creadora.

Por otro lado, el auge de las nuevas tecnologías y la mitificación de la ciencia han contribuido considerablemente a fomentar una conciencia pragmática de la vida y una concepción mecanicista del hombre en la que la fantasía no encuentra cobijo. Pero la era de los sueños no ha terminado. No podemos renunciar a creer en las inmensas posibilidades del ser humano que sólo pueden desplegarse mediante el cultivo de grandes sueños canalizados a través de la escuela.

En la capacidad de imaginar la utopía y de confiar en nuestros ideales más profundos habita el desafío de encontrar una felicidad nueva.



Yolanda Orellana Navarro es alumna de 3º de Educación Infantil en la Facultad de Ciencias de la Educación.